

FÉLIX TEIRA CUBEL

Milenials



LA ÚLTIMA NOVELA
DEL PREMIO DE LAS LETRAS
ARAGONESAS



Milenials

Félix Teira Cubel

Milenials

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: abril de 2024

© Félix Teira Cubel, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-127456-9-6
Dep. Legal: M-7384-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © F. Teira
Grafiti de Danjer, *Estonoesunsolar* (calle San Agustín, Zaragoza), 2013

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Milenials

DE MADRUGADA SE QUITÓ el pijama y se miró desnuda en el espejo del baño. Las tetas, nunca las tuvo grandes, se mantenían erguidas, aunque la línea de los pezones había descendido, el precio de amamantar al niño. Tampoco le había quedado tripa después del parto. Pero estaban las cartucheras, las dichosas cartucheras, ¿qué más daba?, no tenía que seducir a nadie. Es absurdo, me siento vieja a los 34 años, murmuró Nathalie para sí. Un pensamiento agrio.

A las cinco y media había vibrado la alarma del móvil, tenía que aprovechar el fin de semana para estudiar dos temas. Después trasladó a Antoine desde la cuna a la cama de Vega, una tía increíble, volvía a confiar en alguien. Ahora se miraba en el espejo para darse fuerza, tenía una voluntad

de hierro, tal vez su única cualidad. De alguna manera pagaría los 513 euros mensuales.

La estremeció un escalofrío, las madrugadas de septiembre eran frescas. Su padre y su amante, dos pilares de su pequeño mundo, la habían traicionado, concluyó Nathalie. No sabía cómo costearía la guardería de Antoine, 513 euros, con el sueldo del vivero. El servicio de comedor estaba incluido. Había mirado las ayudas para madres solteras, una estafa, ella sobrepasaba el salario mínimo.

La sorprendió el tupido vello blanco del pubis, no se depilaba, el osito blanco lo llamaba él. Su amante, veintidós años mayor, con quien creyó inventar el amor en el huerto perfumado de Eriste, bajo el gran tilo, desapareció de repente. ¿Sospechó que estaba embarazada? Ni contestó al móvil, ni respondió en el despacho de la universidad. Se largó de repente, sin una maldita nota. En el teléfono fijo, su mujer la despreció como si fuera apestada, estaba al tanto de que el marido tenía una amante. Una amante joven, que ofende más. Arturo era un tipo delicado, no podía fingir con tanta naturalidad. ¿O sí? Hijo de puta.

Las publicaciones del catedrático de Filología Francesa, especialista en Flaubert, gozaban de cierto prestigio. En su facultad era dios, por eso la admitieron de profesora ayudante doctora y por eso la echaron en cuanto desapareció. Los cátedros manipulan en la endogámica universidad española.

Arturo Tierz dirigió su tesis y quedó prendado de la impertinencia y el criterio original de la albina. Eso decía. «Y de mi osito blanco», pensó Nathalie.

Se acercó al espejo, lo empañaba su aliento, para comprobar el temblor de las pupilas, aumentaba cuando se estresaba. El irritante nistagmo, el albinismo conlleva problemas de visión. Cegata. También tenía otros adornos: doctora en Filología Francesa, especialista en novela francesa contemporánea. Y, además, un adorno inútil, antropóloga. A los dos años de leer la tesis alcanzó el inverosímil estamento de profesora ayudante doctora: daba las clases y corregía los exámenes del cátedro de Francés mientras su eminencia viajaba subvencionado por el Cervantes, convenios de universidades, ah, la universidad de Lyon, qué recuerdos, el Centro del Libro... También se la chupaba, hay que pagar peaje. Él le enseñó el arte del amor, admira Roma desde que leyó a la Yourcenar, le ponen las escenas eróticas de Pompeya, al igual que conoce los mínimos detalles de la correspondencia de Flaubert con Louise Colet. Hasta que la abandonó. El cátedro la dejó llena de vida. Arturo disfrutaba con las novelas de Fred Vargas, imitaba al comisario Adamsberg, ambos nacieron en los Pirineos, uno en cada vertiente, el policía en el Béarn, y el profesor en la Ribagorza. Delicado y sensible. Sí, así era. No soy imbécil, soy una tía lista, no me autoengaño. ¡Y tampoco soy ingenua! ¡En absoluto! ¡Solo que este cerdo fue mezuquino!

Nathalie se descubrió hablando en voz alta en el baño, casi gritaba frente al espejo. No debía despertar a los demás. Ni al niño. Abrió el grifo de la ducha y sin esperar el agua caliente se colocó bajo el chorro. Sí, cuando la abandonó Arturo, estaba embarazada, pero conservaba su reino mágico, era la princesita del Molino de Jabalón, el pueblo minúsculo donde había nacido, donde había disfrutado de una infancia de nevadas alborozadas, protegida por el Gran padre y la Gran Isabelle. La luz del invierno se astillaba en el solanar, un polvo dorado. Pese al albinismo, podía exponerse al débil sol del atardecer invernal. Mamá, papá y la finca del Molino, a setecientos metros del pueblo. Mamá, bióloga, la Francesa de los Pájaros la llamaban en el pueblo; papá, el jefe forestal; y ella, la niña blanca como la harina. El paraíso.

Regresó a Jabalón, recordó mientras se secaba, tres meses después del fallecimiento de su madre, con el embarazo confirmado. Le anunciaría a su padre que iba a ser abuelo, una manera de compensarlo por la pérdida de Isabelle. Durante el embarazo se quedaría en el Molino. La habían echado de mala manera de la universidad, nadie se responsabilizaba de la rescisión del contrato. Cuando entró en la vivienda del Molino, subió directamente al solanar, donde cada rincón conservaba un recuerdo de su madre. La inquietó la ausencia de la muñeca de almez, aquel tronco tallado que visto desde atrás, con la peluca rubia, evocaba a Isabelle.

Quizá su padre no había podido soportar su presencia, era como tenerla allí con él.

Nathalie comenzó a vestirse, el piso a la orilla del Canal seguía en silencio. Ulldemolins también había madrugado, lo oyó cerrar la puerta del piso poco antes de levantarse ella. Había perdido media hora, media hora de autocompasión. Pero el torbellino de los recuerdos, que escocía como si caminara sobre brasas, era imparabile. Repasaba los tres últimos años, cuando su vida dio un vuelco. Acabó de darlo en Jabalón. Vio la ropa tendida, bragas de color malva, sujetadores grandes colgados junto a la ropa interior de su padre, y comprendió... La colada exponía la profanación de la casa, la casa de Isabelle. Apenas hacía tres meses que su madre había muerto y habían retirado la muñeca de almez, acaso la habían arrojado al pulmón del Molino, como llamaban a la gran estufa de hierro colado, con una ventana rectangular de cristal donde se veían arder los troncos de pino, de carrasca...

Su padre, Andrés, el tipo tosco que había pulido Isabelle hasta convertirlo en un hombre presentable, que decía frases en francés con media sonrisa, burlándose anticipadamente de su pronunciación, ese, ese mismo había ultrajado la casa. Bajo el almohadón de la cama matrimonial estaba el camisón de la extraña, tenía que ser Angelina.

Fíjate, era la antigua novia de tu padre, contaba Isabelle riendo, ¡y ahora somos amigas! Comprendo a Angelina

porque compartimos los mismos sentimientos, las dos estábamos embobadas, tu padre era dios en el pueblo, el campeón de morra, el que abría caminos en la nieve, el mejor conocedor del monte...

Vio traficar a Angelina en el cobertizo de las motosierras. Su padre no tenía sentimientos. ¿Estaban liados cuando Isabelle agonizaba? Los tíos piensan con la polla, otra forma de llamar a la selección en relación con el sexo, querido Darwin.

Huyó de Jabalón. Cada braga colgada en el tendedero era un escupitajo a la memoria de su madre. Mientras se despedía del ala fría, como llamaban a las habitaciones del norte sombreadas por los almece, mientras se despedía del pulmón de la casa, la enorme estufa de la cocina en torno a la cual pasaban los inviernos, mientras se despedía, en definitiva, de su vida, surgió un pensamiento maligno, nació en los intestinos: tendría que esperar durante años la muerte de su padre para recuperar lo que era suyo. Se sintió como lo que era, una víbora.

Nathalie volvió a su habitación, hizo la cama y arregló la cuna del niño, pronto habría que preparar otra cama, Antoine iba a cumplir dos años, ¡dos años ya! Cerró la ventana, dispuso la luz de los dos flexos y sacó el tema trece. Creyó que el estrago del odio, los tocones del rencor, como esos viejos muñones de pino que exudan una resina espesa, no la dejarían sobreponerse. Pero, cuando huyó de Jabalón, es-

taba embarazada, tenía que afrontarlo. Por su niño o niña. Finalmente fue niño, Antoine nació el 27 de noviembre del 2017. Ella ya vivía con Vega, la maravillosa Vega, la Culoluna del instituto. En bachiller a ella la llamaban la Ratablanca, rata de biblioteca y blanca por su albinismo, una tía difícil de doblegar. Además, áspera y pretenciosa. Entonces Vega le parecía despreciable, una barbie poligonera que suspendía todo y con la que los tíos jadeaban por sus tetas y sus éxitos en televisión, imitó a los doce años a Rocío Jurado en un programa de gran audiencia.

Ahora daría la vida por Vega, una mujer que esconde su delicadeza entre epitelios de nubes, la luminosa... A veces piensa que no se lo ha dicho, que no le ha reconocido lo que hizo por ella cuando coincidieron en Mango, ella buscaba vestidos para embarazada. A los siete días alquilaron este piso junto al Canal. Vega, la peluquera que jamás lee novelas, solo compra blusas, se preocupa por Marcoaurelio, canta, baila y cuenta incidentes cotidianos mágicos que para cualquiera pasan desapercibidos.

Ella, la Ratablanca, poseía el tesón y la constancia de Isabelle, se dijo. Y la fuerza de Andrés, su padre, el innumerable. Tal vez ni siquiera en la adolescencia fue buena gente, considera. Le agrada la crudeza de su juicio. Ahora, menos. A los que quiere los adora y a los que odia los... Una víbora. ¿Y qué? Y una madre que ama con pasión. Le dolía constatar que todos

los sentimientos anteriores de su vida fueron falsos. El amante y su padre, escoria. ¡Y antes los adoraba! Angustioso.

Nathalie miró por la ventana, todavía era de noche. Las aguas se deslizaban lentas, no había trasiego en la clínica San Juan de Dios que se alzaba enfrente. La tribu se había instalado en un piso de la calle Pignatelli, junto a la caudalosa corriente de aguas mansas, quién se lo iba a decir, la vida es imprevisible. Una tribu de cuatro personas, para alucinar, los cuatro se conocían del instituto Ibáñez Martín de Teruel. Tres turolenses y un valenciano. El valenciano se considera ciudadano de los mapas, nacido en el territorio de los cínicos. Cuatro joviejitos compartiendo piso junto al Canal Imperial. Imperial, nada menos, en Zaragoza la airada, como la llama Marcos Iregua. Cuatro personas de treinta y tantos comparten piso como si fueran niños adolescentes, imagina la categoría del país. Un país que odia a los jóvenes, los machaca. Dos de sus compañeros de piso tienen futuro: Rodrigo Ulldemolins, el neurocirujano, pertenecerá a la *crème* de su especialidad, aunque lo despidieron de una clínica de Madrid con los últimos coletazos de la crisis, había que privatizar lo público. Vega vivirá de sus manos y de su estilo, las tías cuidamos la imagen, lo llevamos grabado en los genes. Aunque se dispare la histeria de las feministas, las neanderthales usaban ornamentos corporales de marfil y collares de conchas.

Sí, se reconocía visceral y rencorosa. Y madre. Quería con pasión a Antoine, le daría lo mejor, pensó, mientras disponía las luces indirectas de los dos flexos que necesitaba para leer. Colocó el tema en la mesa, los marcadores fluorescentes y la hoja de anotaciones. El piso seguía en silencio en aquella mañana de domingo, Vega y Marcos dormían. Ellos no sospechaban que eran la red ambiental de Antoine, los antropólogos saben que se necesita una tribu para criar a un niño, crianza con apego. Repasó la historia de los tres compañeros que el azar había juntado en aquella vivienda.

Vega tiene el nombre contaminado por Antoine, es un milagro que Antoine hable, que ría. Marcos Iregua le enseña palabras y llama a Vega Vegapig, por la cerdita que entusiasma al niño. Marcos, el valenciano, lúcido y borde, es un tipo que le caía cruzado en el insti, al que vetó la entrada en el piso, hasta que Ulldemolins, Rodrigo Ulldemolins, el neurocirujano, dijo que, si no se aceptaba a Marcos, él se largaba. El sueldo del vivero, 1260 pavos al mes, no alcanzaba para vetar a nadie, necesitaba compartir gastos, pagar a Mouna, la muchacha marroquí que cuida de Antoine mientras ella trabaja. Los lunes Vega la lleva al vivero en su viejo Ibiza, el resto de la semana coge el autobús.

Vega, reconoció Nathalie, nos caía cruzada a las tías porque era un bombón, todos los machitos se la pelaban pensando en ella, de niña salió en televisión imitando a

la Jurado, canta de maravilla. Una tía que suspendía todo, con lo que a la Ratablanca, el ejemplar que discutía con los profes, que sabía más, le resultaba indiferente. Sin embargo, ahora daría la vida por ella, la animó durante el embarazo, la acompañó en el parto... Vega arrastra las fragilidades competitivas porque practica el altruismo estéril, gacela en un río plagado de caimanes. Los altruistas llegan los últimos y desaparecen los primeros. Sin embargo, resulta un depurado producto, como la cola del pavo real que atormentó a Darwin, de la selección sexual. Un ejemplar con la relación exacta de cintura/caderas, labios gruesos para realizar la succión amamantadora y simetrías perfectas: pómulos, pezones, glúteos... Decenas de machos alfa se han partido las muelas por follarse con sus ancestros sin alterar el paquete genómico que determina su secreción sentimental.

Nathalie sonrió. Reconoció que, si no la quisiera como a su carne, la odiaría. Una tía que se pone un pingo, un harapo de Marcoaurelio, y lo convierte en una prenda de diseño. Encima no cría cartucheras, un asco de mujer que te hace sentir como una mierda. Gana una pasta como peluquera en un salón de belleza que la explota, porque sin su toque mágico el salón sería un vulgar lavar y peinar. Además de las pelotas que saca de las Dinos, claro, unas viejas con el riñón cebado que babea por la gentileza natural de Vega. Todos los machitos la persiguen porque desean follarse, follarse,

follarse. La quería porque la ayudó, a pesar de que Vega sabía que la consideraba la niña/bombón necia. Ella, sin embargo, cultivaba la imagen de reinona del aula, la empollona madre, la Ratablanca de biblioteca, la tía engreída que sacaba matrículas, la estúpida sabionda que un día sería... *La grosse merde*.

El clan del piso también lo formaban dos varones. Jamás pensó que conviviría con Ulldemolins. «No me he metido en su ordenador, me he metido en su cabeza» le soltó al profesor de Biología y la frase hizo historia en el Ibáñez Martín. O que mantendría relación con Marcos, engreído y gilipollas. Marcos Iregua, máster en Periodismo Cultural, escribe artículos demolidores, tipo test, en *Amargodigital.com*. También hace críticas de libros de ensayo, aunque no gana para las cervezas que bebe. Un fracasado, como ella. ¿Cómo no consagran a un repelente periodista que nos taladra el alma? Nunca se lo diría, porque hay una frontera que los separa. Marcos Iregua era un adolescente enigmático, incluso lo sigue siendo ahora, aunque vivan bajo el mismo techo. Hasta la selectividad no supo que su padre era un alto mando antiterrorista, por eso lo habían enviado a estudiar a Teruel. Antoine lo adoraba y ella empezaba a respetarlo, los niños tienen un sexto sentido.

Comenzaba a clarear. Nathalie lamentaba la pérdida de tiempo, pero encontraba serenidad repasando la fauna de las Galápagos que vivía en el piso. Se palpó los pechos, no lo

había hecho en la ducha. En el fondo pensaba que, si le ocurría como a su madre, nadie esperaba que volviera el cáncer después de extirparle los pechos, la tribu arroparía a Antoine. Lo acogería Ulldemolins, que había recuperado la vitalidad desde que volvió a hacer guardias en una clínica privada. Un pro de la informática, mientras estuvo en el dique seco, modernizó las cámaras de una empresa de seguridad. Rodrigo Ulldemolins era patoso, grande y con un toque subnormal, eso pensaban en bachiller. Los descuadró cuando trabó amistad con Marcos y empezó a sacar notazas. Les enseñaba informática sin apenas hablar, con ejemplos en la pantalla. Rodrigo llegará a ser el gran chamán que aplicará sus remedios a cualquier miembro de la horda sin distinción de estatus. El neurocirujano tiene el mejor porvenir de los cuatro. En un darwinismo frío sería un alfa deseado por su capacidad de mantener a la hembra y a una progenie numerosa. Las hembras valoran el poderío patrimonial a la hora de emparejarse, procura seguridad y alimento a los retoños hasta que se valgan por sí mismos.

Esa evidencia nos repatea el útero a las feministas, pensó sonriente mientras se levantaba de la mesa. Había oído ruidos, ¿era Vega? ¿Se habría despertado Antoine? Abrió con sigilo la puerta del dormitorio de Vega y comprobó que dormían. Entonces se tropezó con Marcos que iba al baño:

—¿Estás empollando a estas horas? Gravísimo lo tuyo. Mientras daba la vuelta al cartel colgado en la puerta del baño, Marcos comentó:

—Te odio porque eres una mujer ejemplar.

Ella sonrió. En un lado del cartel ponía «Tíos» y en el otro «Tías». Marcos dormía con camisetas negras de la Guardia Civil. De pronto, él entreabrió la puerta del baño y dijo:

—¿Me has sonreído? Háztelo mirar —y se encerró.

Nathalie regresó a la habitación, confortada. Había perdido una hora, pero la disposición del ánimo le permitía abordar el tema trece de las oposiciones a secundaria. En el vivero buscaba información sobre araucarias, los pudientes las quieren para los jardines de sus chalets, controlaba la humedad de los pensamientos invernales, de los ciclámenes, de las clemátides... Y ahora criaba estramonio, para flipar, una empresa estaba interesada en el cultivo de esa planta venenosa de hermosas flores blancas. La claridad del alba se reflejaba en las aguas turbias del Canal.